

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Un anónimo, por D. Francisco Flores Arenas.* = *¡Hay gaditanas! por D. Sebastian de Mobellan.* = *La casa de Rocaforte. Novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo.* = *Nota.* = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

UN ANÓNIMO.

Con ocasion de las andanadas que hemos disparado á la egecucion del D. Crispin en nuestros últimos números, un incógnito prójimo que se titula entusiasta del referido, nos ha dirigido un anónimo.

El por qué no lo comprendemos. ¿No firmamos nosotros con todas las letras de nuestro nombre y apellido los artículos que escribimos?

Aunque un anónimo, por el solo hecho de serlo, no vale nunca los cuatro cuartos del sello de franqueo que en él se estampa, nosotros sin embargo vamos á contestar al que se nos dirigió, porque si bien plagado de hechos falsos y de apreciaciones erróneas, no está escrito con la bestial virulencia que es frecuente en esa clase de papelejos, notándose en él hasta comedimiento. Y no hacemos esto por consideracion á la persona, puesto que no la conocemos ni nos importa, sino porque nos dará una ocasion de esponer nuestras ideas, no tanto sobre el pobre D. Crispin, que tan ageno debiera estar de que la crítica se ocupase de él formalmente, como sobre el teatro en general, sus condiciones artísticas y las condiciones morales á que ha de someterse si pretende ocupar un lugar entre los espectáculos dignos de un pueblo culto.

Supone el anónimo que el motivo de nuestra conducta consiste en que nos interesamos por una corporacion que se ha creído ofendi-

MAYO.

da. Engañase en esto de medio á medio. La corporacion médica, á que nos honramos pertenecer, está muy por cima de las mamarrachadas de una ópera bufa italiana, es decir, del género mas necio y mas arlequin que se escribe para mengua y oprobio del arte. Está muy por cima de esas cuatro vulgaridades trasnochadas, que ni siquiera tienen el pobre mérito de la novedad, y que producen la estúpida risa de cuatro bobos, de los cuales el que mas y el que menos quiere tener diez médicos al rededor de su cama cuando le duele la uña de un pié, á semejanza de esos muchos que blasonando en plena salud de despreocupados, de filósofos y de espíritus fuertes, claman por un confesor cuando la calentura los postra en el lecho de la muerte.

Valen hartos poco, por tanto, esos ladridos de la impotente ignorancia contra la ciencia y contra los que digna y decorosamente la profesan; valen hartos poco, repetimos, para que ellos nos afectaran de modo alguno: y por eso jamás hemos mencionado semejante cosa en ninguno de nuestros artículos; pero aun cuando lo hubiésemos hecho así habríamos tenido razon; porque dejando á un lado el ser médicos, somos críticos, y la crítica está muy en su lugar anatematizando la transgresion de los eternos preceptos del arte.

¿Quién ha dicho que á una obra dramática de cualquier género que sea le está permitido ridiculizar personas, corporaciones ó clases? ¿Es esta su mision? ¿Puede tal permitirse ni se permite en efecto en ningun pais de la tierra? Es el vicio en abstracto el que debe ridiculizar, es todo aquello que perjudique, que ofenda, que envenene á la sociedad, es un fin moral, en suma, el que debe proponerse, y eso sin herir, sin lastimar á nadie, respetando á todos, segregando en fin el vicio combatido de la persona viciosa, y guardando al hombre, á la corporacion ó á la clase las consideraciones que la sociedad establece para los miembros

que la forman. Lo contrario es un abuso de malísima especie.

Este defecto comenzó con la comedia en tiempo de los griegos, y sabido es el modo con que Aristófanes trató á Sócrates; pero aunque esto no disminuyó la reputacion del gran filósofo, ello fué que la ley hubo de poner coto á tal desman con una formal prohibicion, y eso que no se tachará de poco libre á la turbulenta y licenciosa república de Atenas.

Pero no nos ocupemos mas en cosa que tan poco lo merece, y sigamos el orden del anónimo.

Dice el tal que si ha habido ridículo é indecencias en la zarzuela D. Crispin, que entre paréntesis no es zarzuela, y exageracion por algunos de los que lo desempeñan, no ha dejado de haberlas y muy repugnantes en otras producciones representadas en nuestro teatro, que no merecieron hablar de ellas por nosotros.

Faltábale citar cuales han sido estas, y si no las hemos tratado como merecen, pero mucho tendrá que hacer para demostrarnos que haya habido alguna en que mas que por sí misma, por la exageracion de los actores, se hayan visto ni oído gestos tan significativos y reticencias tan espresivas como en el D. Crispin. Tenemos en mucho el decoro de nuestros lectores para analizarlas una por una. Dichosos los que en la egecucion no han comprendido todo lo que han yisto.

Con sus puntas de malicia añade el anónimo que calificamos á la parte del público aplaudidor, que segun dice es la mayor parte de los muchos llenos que la *Linda y Graciosa* zarzuela ha producido (y va con su propia ortografía) de soez, ó como si digéramos de papanatás.

Sepa aquí el Sr. *Entusiasta* que nosotros para nada nos hemos metido con el público ni con ninguna parte de él chica ni grande, porque no nos importa que aplauda, que silbe ó que se ria, ni sobre él ni ella abrigamos la necia pretension de tener autoridad de ninguna especie, bien así como ni él ni ella la tienen sobre nosotros. Lícito es á todo el mundo el decir: *esto me gusta* ó *esto no me gusta*; pero no le es lícito decir del mismo modo: *esto es bueno* ó *esto es malo*. La observacion es orinal de mi amigo el Sr. Iquino, y es esactísima y contundente como todas las suyas.

El que se rie al oír una vaciedad está completamente en su derecho, y nosotros no se lo hemos disputado ni se lo disputaremos nunca; pero de la misma manera estamos nosotros en el nuestro riéndonos de que haya quien de aquello se ria.

Pero es el caso que aquí se truecan los fre-

nos, porque hay á quien le conviene que se truequen, no obstante que nosotros establecimos con toda claridad nuestra opinion respecto á este punto en el primer artículo que dimos á luz. La ópera ha gustado porque su música tiene sabor á arte, porque era lo mejor que ha tiempo se cantaba en aquel teatro, y mas que todo, porque la señorita Ramirez la ha egecutado inmejorablemente. En la conciencia de todos está, y de seguro lo estará en la del autor anónimo, que si esta opereta no hubiera sido desempeñada por la dicha artista de seguro no habria alcanzado una leve parte de las entradas que alcanza. ¿Creen acaso otros actores, de esos que hoy no faltan llenos de pretensiones, que con manotear y desquiciarse el cuerpo á puros culebreos se canta una ópera? ¿Creen acaso que eso habria bastado para levantar al D. Crispin?

Imagina el anónimo anonadarnos con un argumento *ad hominem*. Este consiste en suponer que cuando escribimos nuestra comedia titulada *Coquetismo y Presuncion* nos propusimos ridiculizar á una familia y hasta á un individuo, y que sin embargo nadie tuvo la obra por soez ni indecente.

Equivócase el autor de la carta suponiendo que nosotros hemos llamado soez ni indecente á la ópera, cuando ha sido á la manera con que algunos actores la han egecutado, y se equivoca además de medio á medio en lo otro, puesto que á nadie nos propusimos ridiculizar ni nadie se dió ni pudo darse por ofendido. Pusimos en escena á una coqueta y á un presumtoso; si alguno halló que aquel retrato ideal tenia alguna semejanza con esta ó la otra persona que nosotros ni conocíamos siquiera, ninguna culpa tenemos de ello. La comedia saca á plaza los vicios que existen, y estos alguno los ha de tener. Nadie va á combatir lo que no está en ninguna parte, porque entonces no tendria aquella objeto. Pero nadie pudo calificarla duramente, porque no se falta allí á la moral ni al decoro, y porque no ha dado ocasion, en fin, para que actores que solo buscan un aplauso de mal género, morcilleen en la escena á su sabor, aunque las tales morcillas debieran alguna vez merecer un severo castigo.

Concluye, en fin, manifestando que no cree tengamos motivos para despreciar á los que aplauden á D. Crispin.

En efecto, ningún motivo tenemos para despreciar á esos ni á nadie, y por eso no los despreciamos, ni tal hemos dicho jamás. A nosotros tambien nos agradaria si no fuera porque estamos en la persuasion de que una obra lírica que se pone en escena, ha de ser algo mas que una coleccion de melodías, que nece-

sita ir unida á un argumento, y que este ha de tener, si no bellezas, condiciones artísticas y condiciones morales; porque de lo contrario es equiparar las obras del arte con un espectáculo de monos sabios, que entretienen la vista, pero que nada deja en el alma.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

¡HAY GADITANAS!

El salto de *Léucade* era famoso en la antigüedad.

Existía en Grecia, país de la Acarnania.

Su mérito consistía en su sencillez.

Un amante estaba desesperado.

Pronto remedio para no estarlo.

Subir á la cumbre de *Léucade*; dar un salto y precipitarse al mar.

Si se ahogaba, dicho está que la cura no podía ser mas radical: pero si salía, el olvido penetraba en su corazón, á medida que el agua le salía de la ropa.

Nicostrata, Artemisa y Safo, tuvieron la debilidad de chapuzarse sin saber nadar.

Y se ahogaron.

Yo, mas sensible al agua que las enamoradas ninfas, si bien menos enamorado que ellas, me dije: *es fuerza olvidar*: y poniendo el pié en la playa valenciana, de un salto atravesé el Estrecho (ó sea el *Léucade*) me zambullí en el Océano; y cuando abrí los ojos, *el olvido* se habia apoderado de mí: estaba en salvo: estaba en Cádiz.

¿Entiendes, niña, lo que voy diciendo?

Dios mio! ¿cómo poder amar fuera de Cádiz, si Cádiz no es otra cosa que un amoroso destello de la mirada de Dios?

Ah! cuán bien se podía pedir á Dios para Cádiz, lo que Salomon pedia para el pueblo de Israel!

«Que tus ojos estén abiertos sobre esta casa de noche y dia, decia el santo rey: sobre la casa que dijiste: allí estará mi nombre.

«Oyelos en el cielo y perdona los pecados de tus siervos y de tu pueblo de Israel; y muéstrales un camino bueno por donde anden y envía lluvia sobre tu tierra que diste en posesion á tu pueblo.

«Que oigas los ruegos de tu siervo y de tu pueblo de Israel, en todo lo que te pidieren en este lugar y los oirás en el lugar de tu morada en el cielo, y les serás propicio.

«Oirás en el cielo, en el firmamento de tu trono, sus oraciones y ruegos y harás su defensa.

«Que tus ojos estén abiertos á los ruegos de tus siervos y de tu pueblo.

«Porque ¡oh, Señor Dios! tú los separaste por heredad de entre todos los pueblos de la tierra, como lo declaraste por Moisés tu siervo, cuando sacaste á nuestros padres de Egipto.»

Ah! cuán bien sientan á esta ciudad encantada, las simbólicas palabras del elegido de Dios!

Creedlo; bellísimas gaditanas, creedlo; pocas veces mi corazón ha respirado tan venturosa alegría; encanto tan melancólico, como esta en que plugo á Dios permitirme pisar vuestro suelo, esperanza de mis ilusiones, ideal de mis ensueños, y donde mi alma se ha sentido tranquila, con la tranquilidad que dá siempre la posesion de un bien mucho tiempo esperado y al fin de todo poseido.

Sí, yo os lo juro: si un dia me fuese prohibido volver á Cádiz: si la esperanza concluyese en mí, al pisar por vez postrera sus umbrales, tiempo me faltaria para comprar con mi existencia la gracia de llorar á sus puertas, como á peso de oro compraban los judíos la de entrar en *Ælia*, para llorar sobre la destrozada Sion.

Sin conoceros os he amado.

¿Qué malo que conociéndoos os adore?

Al pisar vuestras playas, mi corazón estaba trastornado.

Entré en Cádiz tembloroso y sobrecojido; así que, al tender la vista por vuestras voluptuosas mansiones, no pude menos de exclamar: Aquí moran ellas: son templos dignos de tales vírgenes.

Despues.... despues..... ¿qué podía hacer? Buscaros, ansiar conoceros, soñar en amaros.

Pero no pudo ser.

Veladas y oscurecidas, en vano os buscaban mis ojos: en vano os reclamaban mis labios; no respondiais: *las hijas de Leviatan habian huido, destrozando por lo visto el velo de sus amores.*

Entonces fué, entonces fué, cuando evocando las sombras de mis recuerdos, grité ante vuestros encantados muros, lo que los consules romanos ante la desgraciada Cartago:

«Dios ó Diosa que protejes al pueblo y república de Cartago: genio á quien están encomendadas la custodia y defensa de esta ciudad, abandonad vuestras antiguas moradas: venid á habitar nuestros templos. ¡Ojalá Roma y nuestros sacrificios os sean mas agradables, que la ciudad y los sacrificios de los cartagineses.»

Pero fué en vano: ni mis cantos, ni mis sacrificios hicieron mella: el viento los desvaneció: la ingratitud batía sus alas sobre la vo-

luptuosa ciudad: Cádiz rechazaba mis amores.
 ¡Y cuán bien podía decir con Cayo Mario al primer mensajero que me hablase: *Responderás á quien te ha enviado, que has visto á Cayo Mario desterrado y fugitivo llorar sentado sobre las ruinas de Cartago.*

Aunque no; no lo haría, por no daros una prueba de solemne ingratitud.

Mi reconocimiento me acompañará á todas partes.

Y en prueba de ello, voy á satisfacer vuestros caprichosos deseos, contestando á dos de las cartas que por diferentes conductos han llegado á mi poder.

Dice una de ellas, escrita en papel violeta:

„Se desea saber si un tal D. Sebastian de Mobellan, á quien tantas simpatías, tantas flores y galanterías debíamos las hijas de este hermoso suelo en tiempos no muy lejanos, ha encontrado algunos ojos que le hayan iluminado, ó unos labios respondido.

„No nos sorprenderá no los encuentre, aun cuando sus miradas son tan puras como sus almas y sus labios tan dulces como la embriagadora atmósfera que les rodea: repito no lo extrañamos, por venir su corazón tan lleno de esas nuevas impresiones que dice haber sentido en ese Valencia que tantas alabanzas le ha merecido; donde ha encontrado á esa Amelia de cabellos de oro; de ojos de cielo, á la que ha entregado su cariño, si hemos de juzgar por su artículo de LA MODA del 16 de este mes.

Nosotras, que no conocemos la envidia, no nos atormenta el que allí *se deslicen las horas al través de aquellos encantados lugares! que allí sea donde se viva, donde se goce, donde se respire*; pero nos halaga la esperanza que aun despues de haber estado en ese Eden, encuentre algunas dignas, que le hagan escribir otro artículo diciendo: ya las encontré! ya hay gaditanas!”

Una fuerza irresistible me impele hácia Roma, decia Alarico.

Un encanto sobrenatural me ha traído á Cádiz, respondo yo.

Y este ¿qué otro ha podido ser que veros á vosotras?

Ahora bien, dulcísima autora del anterior escrito: angélica sacerdotisa de esta ciudad, verdadero templo de Vesta: ni yo he amado en Valencia, ni imájen de mujer ninguna ha ocupado mi imaginación hace lo menos un año.

Acojido en Valencia con estremada cordialidad y recibido con inusitada galantería, no hallé mejor medio de devolver sus protestas,

que consagrandome mis recuerdos á sus campos, sus flores, su cielo y sus mujeres: si bien ilusiones del momento, todo quedó entre sus muros, sin que en mi corazón quedasen mas que sus recuerdos.

Amelia no existe.

Así lo verás si te dignas leer mi segunda carta de Valencia reproducida en el próximo número de LA MODA, y en la cual habla mi corazón, no mi espiritismo.

Créeme: si en algun paraje podía amar: si en algun lugar podía ser feliz, en ninguno como en este: que ideal de mi existencia ha embriagado de tal manera sus horas de vaga melancolía.

Vuestro cielo no tiene igual: por eso Dios, queriendo sin duda fueseis solas, únicas en disfrutarlo, dijo: „Brotan las aguas:” y acto continuo acariciadas por ellas, os encontrásteis dueñas absolutas de tan grandiosa magnificencia.

Ah! ¿y me condenas á decir que hay gaditanas?

Podía haber venido si no las hubiera?

¿Podía haber perdido la ocasión de ver el cielo, sus vírgenes y sus ángeles?

Aunque á decir verdad, temí no sucediese.

Cádiz estaba desierto.

Las aves habían volado á las enramadas.

Sus nidos no respiraban ya encanto alguno.

¿Dónde buscarlas?

El mar me indicó su paradero; corrí á Puerto Real.

Ah! jamás pude haber soñado mujeres de tan encantadora ilusión!

Qué bellas! qué afables! qué dulces! qué embriagadoras!

Las gaditanas me parecieron dignas de los cantos de Homero ó de Virgilio.

Comprendí con cuanta razón las había amado.

Sí, sí, hay gaditanas: y las hay tanto, que al huir de Cádiz mi corazón no vá conmigo: lo dejo aquí, aquí, para que al menos, ya que lllore, tenga manos piadosas que sepan enjugar sus lágrimas.

Estás, pues, contestada: ahora, todo sería completo si despues de haber admirado tu alma, me fuera dable contemplar tu cuerpo; la nube del incógnito debe disiparse para quien solo vive á la luz de vuestra tierna hermosura.

¿Te dignarías remitirme tu álbum?

Ahora vamos á la otra, y con esta contesto á todas las demás.

Está escrita en rico papel del llamado *ilusion*, de un gusto verdaderamente artístico.

La letra es admirable.

El dictado chispea ingenio, gracia, galantería y travesura.

Dice así:

"Sr. D. Sebastian de Mobellan.

"Muy Sr. nuestro: El disgusto que tuvimos al anunciarnos suspendía por algun tiempo sus interesantes y preciosas revistas, á causa de abandonar la corte, está compensado con la satisfaccion de saber por su artículo del Domingo, se halla dentro de los muros de nuestra bella ciudad.

"¿Con que está V. en Cádiz?

"¿Y nada nos ha dicho nuestro corazon cuando tantos deseos tenemos de conocerle?

"Si V. supiera las simpatías que tiene en Cádiz! ¿Mas cómo no tenerlas, cuando es V. tan galante con las gaditanas, que no conocen la ingratitud?

"Pero los dias van pasando y nuestro deseo no se realiza, á no ser le sucediese á V. lo que á un caballero de Toledo, que pisando por primera vez la corte y no conociendo á nadie en ella, oía decir á los que pasaban: "este caballero es de Toledo:" y era que su sastre habia tenido la ocurrencia de ponerle en la espalda de la levita este letrero.

"Como para satisfacer nuestro deseo, no ha de llevar escrito su nombre, esperamos de su amabilidad nos dé algunas señas de su persona y traje en el próximo número de LA MODA.

"¿Usa V. por ventura uno de esos gabanes largos, largos, muy largos, que se llevan en Madrid y que están pidiendo á voces un mirriñaque? Pues con este traje, de seguro no nos era V. desconocido.

"Deseamos saber si la realidad ha destruido las bellas ilusiones que ocupaban su imaginacion al pisar nuestro suelo; cuéntenos sus impresiones; no pedimos nos consagre en sus cantares los arrebatados latidos de su corazon; y sí, solamente, uno de esos lindos artículos que tan bien escribe V. y cuya lectura tan agradables ratos nos proporcionan.

"*Varias gaditanas, admiradoras de su talento, jóvenes todas.*"

Gracias, gracias antes que todo, amigas mías.

Cuando el senado romano encomió el sabio gobierno del hijo de Agripina, este, digno sin duda de la célebre máxima de Ciceron "aprende á conocerte" solo supo contestarle: *Esperad para elogiarme á que lo haya merecido*: palabras admirables que no puedo menos de recoger, para contestar á vuestros galantes encomios.

¿Cónque de tal modo me dispensais la honra de vuestras simpatías?

¿Cónque tantos deseos teneis de conocerme?

¿Pues querreis creer que los míos superan á todos los vuestros juntos?

Pero, ah! desdichado de mí!

Habia olvidado mi fealdad! Mi fealdad, que tantos disgustos me ha traído, y por la cual siempre he podido aplicarme aquellos versos de Silvano:

Amador soy, mas nunca fuí amado;
Quise bien y querré, no soy querido:
Pasé fatigas, nunca las he dado:
Suspiros dí, mas nunca fuí oído:
Quejarme quise y no fuí escuchado:
Huir quise de amor, quedé corrido:
De solo olvido no podré quejarme,
Porque ni aun se acordaron de olvidarme.

Y es que sin duda, al pedirme señas de mi persona, habeis olvidado un parrafito inserto en mi *Revista de Madrid* del mes de Agosto próximo pasado, el cual decia:

"Así pues, debemos dejar consignado.

"Primero: que Cádiz es nuestra ilusion.

"Y segundo: que las gaditanas forman nuestros amores.

"Y tanto es así, que anoche, hastiados por el calor y por la falta de sueño y fijo nuestro pensamiento en Cádiz por la Revista que para él nos aguardaba, sentimos involuntariamente una vaga inspiracion *gaditana*, ó mejor dicho, la creacion de una mujer tal cual esperamos amarla este otoño próximo en Cádiz y cuyo retrato dice así.

Y despues de bosquejarlo, continuaba de este modo.

"Os gusta?

"Pues la que de vosotras se le parezca, esa es la elegida.

"Y en tal persuasion, y para que no se lleve chasco, hé aquí el del que ha de elegirla:

"Tez parduzca de suela de zapato:
Nariz de garfio de colgar tocino:
Cara que puede ser así de gato
Como de turco, portugués ó chino.
Cuello esbelto de corzo ó de chivato:
Bajo de cuerpo, de mirar ladino:
Piés encajados bajo dos aristas:
Hé aquí al ser, autor de las *Revistas*."

Quedais, pues, satisfechas.

Ahora bien: si no salís á parte alguna, ni me ofreceis vuestras reuniones ¿cómo hemos de conocernos?

Por vosotras, y solo por vosotras, he consentido pasar el Domingo aquí: reuniros ese día, invitadme y firme y puntual iré á ponerme á vuestros piés: de otro modo preciso me será huir, aunque como otro Cipariso me viera convertido en ciprés, para espresar de este modo mi tan profundo dolor.

En tanto, recibid las seguridades de mis mas recónditos sentimientos.

Cádiz 29 Mayo 1858.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

LA CASA DE ROCAFORTE.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^A FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

En el primer punto habia salvado á Casilda, casi milagrosamente, durante una noche terrible: en el segundo veia el sitio por donde ambos, acompañados del cura, salieron á esperar un día al inflexible Navarro. Todavía podia distinguir con la simple vista aquel otero donde se habian jurado amor recíproco y eterno; donde Casilda, tomando la cruz que el jóven le diera, juró ser suya ó solo de Dios! Todos estos tiernos recuerdos tenian profundamente abstraído al pobre jóven, que apenas miraba lo que ocurría en su derredor. Los demás notaban su dolor y procuraban respetarlo.

Herminia y Elena se habian sentado en un banco entablándose el siguiente dialogo:

—¡Qué ambiente tan puro se disfruta! dijo la primera. De buena gana permanecería toda mi vida en este sitio.

—Es bello y sin embargo hay quien padece en él, contestó Herminia fijando sus ojos en Jimeno que permanecía en el mirador.

—Ah! sí; ese pobre jóven. Me dá lástima; pero debia pensar que ya no tiene remedio. Soy de opinion que nosotras se lo hagamos entender prestándole los mismos consuelos que ahora le presta ese buen sacerdote. Mi padre ha dicho que piensa dispensarle toda su confianza cuando esté en Pamplona con nosotros.

—Y es digno de ello, Elena. Quizá viéndose favorecido por mi tío, su dolor le sea mas llevadero.

—Sin duda es muy grande.

—Tan grande como ha sido la pérdida de la desgraciada y angelical Casilda.

—Mucho la querias.

—Y cómo no quererla? era tan buena! Por otro lado, ya sabes que casi nos habiamos criado juntas. Una amistad pura y desinteresada unia nuestras almas en estrechos vínculos haciéndonos inseparables. Las dos éramos huérfanas de madre, teniamos la misma edad.... Pobre amiga mia! Recuerdo el vivo placer que sentimos cuando recién salidas del colegio me concedieron tus padres permiso para que la acompañara unos días en esta misma casa de Rocaforte. Aquí hemos pasado juntas los agradables momentos por los cuales habiamos suspirado tanto.... Porque has de saber, que nuestro sueño dorado mientras estuvimos en el colegio, era venir á esta sencilla morada y vivir juntas unos días al lado de ese anciano.

—Ya sabes, contestó Elena, que yo intercedí con mi padre para que te dejasen venir.

—Oh! sí; y tambien supiste....

—Lo mucho que gozabas con tu amiga.

—Si tú hubieses venido con nosotras! si la hubieras tratado á fondo....

—Todo eso está bien; pero es necesario que dejes de traer á tu memoria semejantes recuerdos.

—Yo quisiera olvidarlos.

—Y debes hacerlo. Yo concibo que ese jóven, ese pobre Jimeno, no encuentre consuelos, porque al fin no tenia en el mundo á nadie mas que á su idolatrada Casilda. Su pena debe ser mucho mas grande que la tuya.

—Sí, sí; tan grande que no encuentro otra semejante como no sea la de amar sin esperanzas de ser correspondido.

—Dices eso en un tono singular. ¿Amas tú por ventura?

—Oh! no, prima mia, no tengo esa desgracia; pero presumo que debe ser horrible, especialmente para una mujer.

—Ciertamente; pero á nosotras no puede sucedernos eso. Somos las niñas mimadas de la suerte, y nuestras manos son ambicionadas por los jóvenes mas principales del pais.

—Eso podrás decirlo tú; pero yo pobre y desvalida huérfana....

—Tú, Herminia, eres la segunda hija del virey; te dió el ser una hermana suya, y creo que como á tal te respeta todo el mundo.

—Ah! sí, prima mia, respondió la jóven abrazando á Elena; tus padres son los míos y tú eres para mí la mejor hermana. Pero el hombre que busca una mujer para casarse con ella se entera con mas cuidado del dote que lleva, que de las cualidades que la adornan. Bien sa-

bes que mi padre, víctima de una pasión funesta, perdió toda su fortuna en el juego, y que muerta mi pobre y virtuosa madre, quedé mas tarde sola en el mundo y sin bienes de fortuna.

—Deja ya esos pensamientos, Herminia; tú eres bella y virtuosa y serás feliz como mereces. Debes estar segura de ello.

La vireina se acercó en estos momentos, y las jóvenes suspendieron su conversacion. Todos habian abandonado ya el jardin, y las tres hicieron otro tanto.

Herminia y Elena no habian advertido que, mientras hablaban, una persona oculta detrás de las celosías de una de las ventanas colocadas en el piso bajo de la casa habia estado escuchando atentamente, ora fijando su atencion en ellas, ora en el mirador donde habia permanecido el amante de Casilda.

Poco despues salian por el camino de Pamplona el virey con su familia, y á cierta distancia el cura Navarro con Jimeno.

—Oh! decia este; si vos viniérais conmigo, mi dolor seria mas llevadero: pero dejaros solo.... separarme de vos.... os aseguro que esta idea me mortifica.

—Quedo acompañado de Dios, hijo mio, contestó el sacerdote; es la mejor compañía que puedo tener. Además, necesito entregarme á la soledad porque tengo que orar mucho por todos nosotros. Mi desgraciado hermano ha marchado á Jaca, abandonando para siempre este pais de desolacion.

—Oh! no me lo nombreis, señor; él tiene la culpa de todas las desgracias que nos rodean.

—Cierto; pero es preciso rogar á Dios que le perdone. Tú mismo debes hacerlo.

—Oh! es mucho, es demasiado pedir!

—La religion nos manda interceder por nuestros enemigos: él cometió un error, nacido tal vez del mismo cariño que á su hija profesaba y que por otra parte pagará bien caro, privado como está de que ella cierre sus párpados en los últimos momentos de su vida. Repito que debes perdonarle; será una nueva prueba de la fortaleza de tu alma y de la bondad de tu corazon.

Los dos rezagados viajeros llegaban en este instante al sitio donde bajando el rio Irati por medio de un monte, hendido desde su elevada cumbre, viene á reunir sus aguas con las del Aragon. Aquel monte parece cortado á pico y presenta un aspecto imponente. A una elevacion bastante respetable hay un paso peligroso, un puente estrecho que parece suspendido en el aire sobre un abismo, y que segun la voz del vulgo fué construido en una sola noche por arte del mismo Satanás.

Se hallaban cerca del *Puente del Diablo*.

—Permitidme, dijo entonces Jimeno, que me baje del caballo. Tengo necesidad de ir allí....

—Qué vas á hacer, desgraciado? exclamó con viveza el cura, apeándose á su vez y cogiendo una mano del jóven.

—No temais que me arroje al precipicio; os empeño mi palabra de honor.

—Pero ¿qué vas á hacer en el Puente del Diablo? Yo quiero saberlo.

—Voy á pensar en ella, á saturarme el dolor, á....

—Creo comprenderte; confio en tu palabra y quedo esperándote durante quince minutos.

—Gracias, padre mio, dijo el jóven echando á correr y desapareciendo de la vista del anciano, el cual fué siguiendo sus pasos, no del todo satisfecho con las protestas que aquel acababa de hacerle.

Jimeno apareció poco despues sobre el puente; luego se arrodilló y permaneció un buen espacio de tiempo, clavado en tierra, estático y con los ojos fijos en el torrente que bajaba á unirse con las aguas del rio.

El anciano vertió una lágrima al ver la inmensa pena del jóven.

Cuando este volvió ambos se abrazaron amorosamente, y el cura dijo á Jimeno:

—Ya es tiempo de que montes á caballo y que vayas á reunirte con la comitiva del virey. Adios, hijo mio.

Durante la escena que acabamos de referir, un peregrino habia permanecido en el monte á poca distancia del puente, observando con mucha atencion todos los movimientos de nuestros viajeros. Un sombrero de anchas alas cubria su frente y una barba larga y poblada apenas dejaba entrever sus facciones. Cuando Jimeno abandonó aquel sitio se echó en tierra, no sabemos si á consecuencia de alguna impresion dolorosa ó por temor de ser reconocido. Luego tomó silencioso el camino de Rocafort.

V.

El palacio de los antiguos reyes y vireyes de Navarra, construido en la ciudad de Pamplona, á la cual vamos á trasladarnos, se conserva actualmente con una apariencia muy fea, si bien en su interior no carece de comodidades. Está situado en la parte que da al Norte, y desde él se domina el Arga, rio que pasa lamiendo el pie de la gran muralla que cerca toda la poblacion.

(Se continuará.)

Señoras incógnitas: el caballero de Madrid no lleva como el de Toledo, el letrado que su señor sastre, se sirvió ponerle en la levita: ni tan poco el gaban largo, largo, muy largo, que pide á voces un miriñaque.

Reducido á un modesto pantalon de cuadros, chaleco idem, chaqué negro, bota de charol, guante de color marrón y una cruz de la orden de S. Juan de Jerusalem en el ojal, no tiene inconveniente en presentarse en público, seguro de que nadie se ha de fijar en su persona.

Los Sres. suscritores á LA MODA que, terminando su abono al fin del presente mes, y cuya lista se pone á continuacion, quieran seguir recibiendo el periódico, pueden remitir el importe de un trimestre en sellos de correos, ó libranzas de tesorería, ó dar aviso por conducto de los corresponsales.

Sr. Don F. M.: Málaga.	Sr. Don P. de las H.: Gijón.
2 suscripciones.	
„ „ A. A.: Ronda.	„ „ R. M. y G.: Salamanca.
Sra. D ^a L. A. de S.: Madrid.	„ „ M.C.M. Alhama.
„ „ D. F.: Madrid.	„ „ J. G. C.: id.
„ „ C. G.: Sevilla.	„ „ J. M.: Mezquita.
„ „ L. G.: id.	„ „ S. G. C.: Haro.
„ „ A. V. y B.: id.	„ „ L. M.: Oviedo.
„ „ A. B. y M.: Mula.	Sra. D ^a A. A.: Toledo.
„ „ C. M.: Vich.	„ del C. R.: id.
„ „ C. J.: Chiclana.	„ D ^a J. G.: id.
„ „ C. V. Villamartin.	„ de B.: id.
„ „ A. A.: Benazque.	„ de A.: id.
Sr. Don G. M. y C.: Almería.	„ del C. M.: id.
„ „ P. L.: Segura de Leon.	„ D ^a E. O. de M.: id.
	„ de S.: id.

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don J. G. y M.: *Ciudad-Rodrigo*.—Se le han remitido los números que reclamaba.

Sr. Don L. M.: *Barcelona*.—Es de conformidad lo que manifiesta en la suya del 15 del corriente.

Sr. Don M. P.: *Algeciras*.—Queda V. suscrito por 3 meses desde 1^o de Junio.

Sra. D^a S. G.: *Toledo*.—Id., id., 1^o de Mayo.

Sr. Don M. C. de A.: *Madrid*.—Conforme á sus deseos se le han remitido los números correspondientes al primer tomo de este año.

Sr. Don F. de P. M.: *Padron*.—Por el correo del 23 habrá recibido contestacion á la suya del 16.

Sr. Don M. O. T.: *Antequera*.—Queda V. suscrito hasta fin de Diciembre.

Sr. Don J. P.: *Tenerife*.—Id., id.

Sra. D^a P. del A.: *Olias del Rey*.—Id., id., segun aviso del corresponsal de Toledo.

Sr. Don A. T.: *Cartagena*.—Se le ha duplicado el número que reclamaba.

Sr. Don G. B.: *Tortosa*.—Son en nuestro poder los 58 sellos que ha remitido en la suya del 21. Los números que le faltaban se le han remitido.

Sr. Don J. de la V. y B.: *Santa Marta*.—En vista de lo que se ha servido manifestar á nuestro corres-

ponsal, giraremos á su cargo el importe de su suscripcion hasta fin de Diciembre. Al verificarlo tendremos presente los 11 sellos que remitió de mas al renovar su suscripcion en Abril.

ADVERTENCIA.

Recomendamos al público gaditano una obra que ha dado á luz D. Manuel Fernandez y Gonzalez titulada *EL COCINERO DE S. M.*, la cual se halla de venta en la librería Española y Estranjera, calle de S. Francisco esquina á la de las Flores núm. 56, y en el despacho del Comercio, calle de las Bulas núm. 11.

Solucion del geroglífico anterior.

Marco Tulio Ciceron sobresalió entre los hombres mas grandes en letras.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

